

# Transgresiones de la sensibilidad

## El oratorio de la abuela

### Transgresiones de la sensibilidad

Sin hacerlas, jamás, propuestas que pudieran ser respondidas con una obviedad.

Tal vez por eso no me sentí nunca tentada — aunque sí doña Consola ni la herramienta ni las cosas — por saber quién había sido, nada más por poner un ejemplo, un tal don Heliodoro al que no era posible no acudir mentalmente al refugio de la habitación de la enferma, grande, con balcones y muebles de madera trasteada y oscura y cerca con doncella, una herramienta de habitación, en suma, lo mejor al parecer de la casa de aquel señor se decía que muy rico y de apellido extranjero que vivía al otro lado del parque y, como no se relacionaba con nadie y se sabía poquísimo de él, rara había un terreno maravillosamente abovedado para — si quien lo echaba el ojo era persona práctica con ideas de agricultura — plantar especias: que arrastraban sin sentir y oíanse la arveida, ya lo verán, de todos cuantos hasta la fecha no han tenido aquellas para avestruar ni la más parte de las hipótesis, o un campo arpejito, una estampa pradera en la que se podría — caso de que cayera en manos o en ruidos de algún zángano o vago o desocupado o holgazán — dar rienda suelta a la libertad de una imaginación multicolor y multiforme que se elevaría en el cielo azul gentil y altaísta, por poner otro ejemplo — como cosa excepcional, hay que decirlo, habida cuenta de que los segundos ejemplos se solían reservar para ocasiones muy señaladas o casos de extrema necesidad —, quien la había creado a ella con un tipo como papá.

Papá, tal vez por aquello de la complementariedad aunque por supuesto al buen tamaño y sin querer porque la psicología era una de las tantas materias en que analizamos cosas, era otra cosa, entendíamelo por cosa "cosa", propiamente y en toda la extensión de la palabra habida cuenta de que papá era, entre nosotros, algo muy similar al paraguero o, con mayor exactitud, y dada su complejidad, al enorme bufo de granito y acrílico repetible que llevaba agarrado al cuello — sólo si recuerdo y alborado — sobre un pedestal de la misma con leyenda en relieve, que nunca le vino nadie porque aparte de estar en otro idioma no se veían las letras tan emocionadas por la lluvia y el viento, un par de siglos o tres.

— Porque la casa — siempre tenía que haber alguien que lo explicase pero, si la explicación no estaba o no quería con tanta claridad por lo que fuese, podía hacerse cualquiera puesto que era algo que sabía todo el mundo — era antiquísima y había pertenecido a otras gentes.

Papá, en cambio, siempre había sido nuestro — y esta, que también tenía inescusablemente que haber alguien que lo explicase aunque no era fiero que fuese el mismo alguien anterior, comportaba el compromiso implícito de apostillar sobre la familia, del entonces, quiero decir que

en el que tantas tardes Ciriaquito iba a esconderse huyendo, entre las risas ahogadas de las niñas que, se burlaba — en el recuerdo, pero sólo el recuerdo, engañoso o un tanto desvaído por el tiempo, de la viuda del que fuese apodado Gervasio el de la sastrería — con su habitual tono cansino Ofelia, *más que como risas sonaban como cloqueos de gallina si no daba la casualidad*<sup>1</sup> de que quien relatara los hechos acaecidos fuese “una de las de Carlota”, tan brillantes siempre y con aquella soltura de

que ella, Carlota, sabía dotarlas — y de algún otro ya más que adolescente de aquellos de los que la madre de don Arnaldo decía que nunca madurarían, del enfado de Matilde encajando, tan de malísimo grado<sup>2</sup>, las bromas pesadas que no se cansaba él de gastar a costa de la irritación que a ella le producía aquel lujo falso con que Dorotea se esforzaba en “dar prestancia”, decía, al almacén hacía siglos vacío de lo que fuese conocida antaño<sup>3</sup> como *la tienda de ultramarinos del abuelo de las de Maluenda* y conservaba, enredado entre las telarañas, aquella mezcla densa de olores evocando colas de bacalao y pastillas de jabón Lagarto y longaniza que ella, Dorotea, no lograba

<sup>1</sup> Que aquel verano se dio, por cierto — y a juzgar por las no más de tres o cuatro muescas que contabilizó doña Verónica cuando, pertrechada de sus gafas y del lapicero rojo para las correcciones se sentó a su mesa y, sí, allí estaban, recién hechas con la navajilla que Graciano utilizaba para sacar punta al lapicero — en contadas ocasiones.

<sup>2</sup> Y no porque “las de Adoración” fuesen especialmente torponas o menos aplicadas, sino porque Adoración nunca supo imbuirlas de un saber hacer más flexible, menos severo y tan inconfundiblemente rígido y forzado.

<sup>3</sup> Y según una tradición bastante discutible que se obviaba sistemáticamente el discutir porque, de cualquier modo, se argumentaba con aceptable sensatez, la situación “no va a ser esencialmente distinta aunque cambiemos un grado de parentesco y una profesión que ya todo el mundo identifica con la genealogía y la memoria de las de Robles de toda la vida” y, por tanto, se concluía, para qué andarse haciendo experimentos.

# Transgresiones de la sensibilidad

## El oratorio de la abuela

enmascarar con ambientadores con aroma de lavanda ni con varillas de incienso.

– ¿No podemos — preguntaba paseando arriba y abajo su malhumor deslavazado, dándose aire con el abanico de plumas de marabú, estas sí auténticas, de aquella tía de las de Vivar de la que nadie hablaba por haber llevado una vida un tanto «vamos a dejarlo en “licenciosa”» —, aunque nada más sea para esta tarde, disponer de un verdadero salón de los espejos?

– De espejos, princesa del guisante — respondía con acritud Dorotea, que había tenido que renunciar por culpa de los preparativos a su clase de taquigrafía — no hemos hablado nada.

Y que no pretendiera liarla ni soñase con complicarle la vida.